EL BARCO
DE VAPOR

El niño del carrito

Begoña Oro

Ilustraciones
de **Ana Pez**

Finalista
PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

sm

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Begoña Oro, 2015
© de las ilustraciones: Ana Pez, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo–sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Ignacio, que me pidió un libro «serio».
Pero yo no sé. Pero no sé yo.

Eme Pérez Pérez ya no era un niño pequeño, pero seguía sentándose en la silla interior del carrito del hipermercado.

Un día, tras una tarde de compras, cuando los señores Pérez quisieron sacar a su hijo del carrito, no pudieron. Se había atascado.

Estuvieron un buen rato forcejeando. Después de sus padres, lo intentaron sacar las cajeras, los reponedores, tres clientes, la directora, los bomberos... Pero era absolutamente imposible sacarlo de ahí.

–Tendrá que quedarse a vivir en el carrito –dijo la directora del hipermercado.

–¡Qué le vamos a hacer, cariño! –dijo Dolores, su madre–. Está prohibido sacar los carros del híper.

–No tienes nada que temer. No te va a faltar de nada –dijo Eulogio, su padre–. Ya he hablado

con doña Adela, la directora, y me ha dicho que puedes coger todo lo que necesites. Lo único, no te olvides de dejar la etiqueta o el envoltorio en el carrito para que luego lo paguemos.

–Pe... pe... pero... –empezó a decir Eme.

Eulogio Pérez le interrumpió con una docena de recomendaciones muy prácticas mientras le iba llenando el carrito con algunos objetos muy prácticos, como la cena de esa noche, un cepillo de dientes y un bote de pasta dentífrica, un orinal y una almohada.

Y Dolores Pérez y Eulogio Pérez se fueron hacia el aparcamiento sin dejar de volver la cabeza y de decir adiós con la mano a su hijito.

–¡No te preocupes, cielo! –exclamó su madre desde el borde de la rampa mecánica que conducía al aparcamiento subterráneo–. En cuanto salgamos del trabajo, vendremos a pasar la tarde contigo.

Y desde ese día, Eme se convirtió en...

EL NIÑO DEL CARRITO

1
Mocos, Pedro y los transformers

Cerró el hipermercado, se apagaron las luces, Eme intentó dormir y, después de horas sin conseguirlo, se echó a llorar.

Al principio, flojito; luego, cada vez más fuerte.

Fue así como, la primera noche, conoció a Pedro. Pedro era guarda de seguridad del hipermercado, y nada más oír ruido en el pasillo de bebés, acudió a todo correr.

–¿Quién anda ahí?

–Soy yo –dijo Eme con un hilo de voz.

Pedro lo enfocó con su linterna ultrapotente. Deslumbrado, Eme se llevó la mano a la frente y se la puso como visera.

–Aah –dijo aliviado Pedro–. Eres el Niño del Carrito. Ya me ha contado doña Adela. Menos mal. Ya creía que serías algún monstruo. Este hipermercado está lleno de monstruos, ¿lo sabías?

Eme negó con la cabeza. Pensó que, como broma, no tenía ninguna gracia. Pero estaba acostumbrado a que los mayores hicieran bromas así de tontas.

Solo que en ese momento se oyó un fuerte estruendo.

–¿Qué es eso? –preguntó Eme, asustado.

Sonó otro ruido.

–Ah, eso –dijo Pedro–. Están reponiendo abajo, en alimentación. Pero... ¿los niños como tú no deberían estar durmiendo a estas horas? No sé. Digo. No conozco ningún otro niño del carrito. –Antes de que Eme pudiera contestar, Pedro siguió hablando–: ¿Necesitas algo?

Pedro acercó aún más la linterna a la cara de Eme. Eme achinó los ojos.

–Vaya, mocos –dijo como si fuera un médico diagnosticando una enfermedad–. Vamos.

Pedro agarró el carrito con el niño, lo llevó hasta la rampa y juntos bajaron. La planta de abajo era otro mundo. Las luces no estaban apagadas. Solo lucían un poco más débiles que durante el día. Y había movimiento: de vez en cuando, a lo lejos, se veía pasar una transpaleta llevando productos de aquí para allá. Pedro condujo a Eme directo al pasillo donde estaban los clínex. Le pasó por el aire un pack con doce paquetes, pero a Eme se le escapó. El pack cayó al suelo.

–Tú no juegas mucho a la pelota, ¿no? –dijo Pedro mientras se agachaba a recoger el pack.

–Con los pies –musitó Eme, que jugaba más a fútbol que a otra cosa, más de defensa que de delantero, más regular que bien.

Pedro rompió el plástico, sacó un paquete, lo abrió y le pasó un clínex a Eme.

El niño se quedó con el pañuelo en la mano.

–¡Vamos! –le apremió Pedro.

–Es que... –empezó Eme, con el pañuelo en la mano–. ¿Me suenas?

–Ah, no. Ni hablar.

Eme no tuvo más remedio que pasarse él solo el pañuelo por la nariz.

–Así mejor –dijo Pedro–. Y ahora, a dormir, Niño del Carrito. Procura no volver a meter ruido. Y si me necesitas, silba –dijo Pedro, y se dio media vuelta. A Eme no le dio tiempo a contarle que, por más que lo había intentado –hacia dentro, hacia fuera, con la lengua así, con la lengua asá–, nunca había logrado silbar.

Se quedó solo. Sonó otro ruido. El haz de la linterna de Pedro se alejaba por el pasillo.

–Espera –logró decir Eme.

–¿Sí? –dijo Pedro, volviendo la linterna hacia el niño.

–Esto... ¿Me puedes llevar al pasillo de los juguetes? Por favor...

Pedro suspiró, volvió a agarrar el carrito, subió la rampa y lo empujó hasta el pasillo 08.

–¿Aquí?

Eme vio a la luz de la linterna las cajas de Playmobil.

–Un poco más adelante, por favor –le guio hasta llegar junto a un transformer idéntico al que tenía en casa–. Sí... Aaa... ¡aquí! Gracias.

–A mandar –dijo Pedro–. Y ahora, a dormir. Procura no meter ruido –repitió–. Y ya sabes, Niño del Carrito: si me necesitas, silba. Si no estoy yo, estará María.

Y volvió a irse antes de que Eme tuviera tiempo de preguntarle quién era María ni de explicarle que, por más que lo había intentado –hacia dentro, hacia fuera, con la lengua así...–, nunca había logrado silbar.

Tampoco le dio tiempo a decir: «Me llamo Eme».

Bajo la tenue iluminación de las luces de emergencia, el niño del carrito miró los transformers que había a su lado. ¿Los consideraría Pedro «monstruos»? Luego, Eme miró hacia el suelo y vio las ruedas de su carrito. Por un momento pensó que

si los transformers eran una mezcla de personas y vehículos, él también era ahora un poco «transformer», un poco robot. Solo que los transformers, los transformers de verdad, seguro que no tenían ganas de llorar. Ni mocos.

Y Eme se durmió.

Si quieres saber qué monstruos habitan en el hipermercado, sigue leyendo. Si tienes sueño, apaga la luz. Si te pica, te rascas. Si es tu cumpleaños, ¡felicidades!

2
Ojos, Manolo y los nombres

Cuando, a la mañana siguiente, el niño del carrito abrió el ojo derecho, se encontró otro ojo que lo miraba. Estaba tan cerca que podía verle las venitas rojas sobre el blanco del ojo, su propio ojo reflejado en la pupila de aquel ojo marrón claro, un pequeño lunar dentro de la pupila, las legañas... Era un ojo tan transparente que hasta se le podía ver el sueño. Poco a poco, Eme empezó a recordar dónde estaba y todo lo que había sucedido. De repente, temió que ese ojo fuera el ojo de un monstruo. Un ojo con un lunar dentro no es un ojo cualquiera. Pero entonces oyó la voz del dueño de aquel ojo:

–Así que este es el famoso Niño del Carrito –dijo el hombre separando su cara de Eme–. ¡Buenos días, chaval! Yo soy Manolo de Pescadería.

Manolo acompañó sus palabras con unos golpecitos a la chapa que llevaba sobre la camisa. En la chapa se leía «Manolo».

–¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

–Eme –respondió Eme, un poco aturdido por las luces de los fluorescentes.

–¿M.? –dijo Manolo de Pescadería–. ¿M. de qué?

–Eme –respondió Eme, aún medio dormido.

–¿Pero M. de Mateo?

–Eme.

–Chaval, eso no es un nombre –dijo Manolo de Pescadería, y agarró el carrito y empezó a recorrer el pasillo mientras iba señalando a izquierda y derecha –. Todo tiene un nombre, ¿ves? Lego, Playmobil, ¿qué pone ahí?: Bratz, lineal... El lineal es todo esto que ves aquí –dijo señalando las estanterías que recorrían todo el pasillo–. Góndola –dijo señalando una estantería–. Cabecera de góndola –especificó al girar, señalando la estantería más estrecha que había al comienzo del pasillo.

Manolo siguió empujando el carrito sin dejar de nombrar todo lo que encontraba a su paso, bajó la rampa y lo aparcó junto a la pescadería, y comenzó a señalar cada pez como si le estuviera presentando a sus nuevos compañeros de clase.

–Pescadilla y lubina, bacaladilla y salmón.

Chicharro, palometa, perca, pulpo, boquerón.

Panga, perca, salmonete, rape blanco, emperador...